

Los pueblos de ciénagas

Víctor Negrete Barrera



Hace 35 años cuando iniciamos este estudio no hubo necesidad de tantas palabras. Nos pusimos de acuerdo desde antes de hablar de los pueblos de las ciénagas Grande, El Cerrito, Betancí, Martinica y El Vidrial. Esa manera particular que tienen estos pueblos de ver, sentir, conocer y juzgar el mundo y la vida nos llamó la atención desde un principio. Desde nuestros primeros viajes, cuando percibimos esa cultura que les permite cambiar de actividades, de creencias y sentimientos con el simple paso de las estaciones de invierno y verano. Y que los santos y santas que han hecho a la imagen y semejanza de sí mismos los han encontrado sin buscarlos en cualquier lugar y en cualquier objeto. Y todo este discurrir de su existencia sencilla y sosegada no se perturba con chiflidos de brujas, ni oraciones indescifrables de santiguadoras, ni señales del porvenir que deja el residuo del tinto en los pocillos, ni con los sudores de tigre de los yerbateros y curanderos de llagas y empautos. Aunque en lo más profundo del corazón presientan que sus pueblos, sus creencias, sus muertos y sabidurías no tienen porvenir seguro en este mundo de cambio permanente.

Fue este ritmo de vida y este vínculo directo con la naturaleza lo que quisimos conocer y comprender. Después nos enteramos que son más de cien mil personas las que viven en

permanente familiaridad con las ciénagas, regadas en unos ochenta pueblos que están ahí, como si el hecho de vivir en estos lugares hubiera sido obra de un juego de dados que tiraron la noche anterior de llegar al mundo.

Nos tocó recorrer a la mayoría de ellos. Y en el lapso de casi tres años pudimos llegar al fondo de esta cultura cienaguera. Y no podemos negar que nos impactó. Nos llegó al alma su soledad y su dolor de sentirse olvidados por todos. Lo que más nos impresionó fue el dolor y la nostalgia de los viejos, de ellos que todavía sienten que todo cuanto hicieron se está perdiendo irremediabilmente.

Con muchos de ellos armamos la historia, tratamos de explicar los hechos increíbles que suceden con demasiada frecuencia y pudimos detallar, lo más menudito posible, el alma de estos moradores desdichados.

Justo en estos viejos entendimos por primera vez lo que querían decirnos. Con el brillo de los ojos, los ademanes de las manos, en la agitación de los pechos cansados, con la voz que a veces parecía sollozo y los rostros de trabajos y ternuras, nos pidieron una y otra vez que recogiéramos todas sus palabras y las regáramos por los otros pueblos porque contar el pasado es como aliviar un poco la carga del futuro.

Y en este oficio de recoger y regar andan nuestras vidas. Bueno o malo el camino escogido tiene sus satisfacciones: complacer en parte el deseo de los viejos de los pueblos de ciénaga y tratar de entender por qué la realidad nuestra no tiene nada que envidiar de la magia ni de los sueños.